

87
ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

DISCURSOS

LEIDOS EN LA
ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA
EN LA RECEPCION DEL
Sr. Dr. VICENTE LECUNA

EL 17 DE JUNIO DE 1918



M 345 Vza 11
3º ej

TIPOGRAFIA VARGAS
CARACAS
1918

DISCURSO

leído por el señor Doctor Vicente Lecuna en el acto
de incorporarse como Individuo de la
Academia Nacional de la Historia.

Ajeno al cultivo de las bellas letras, sólo el patriotismo me ha dado fuerzas para aceptar un puesto en esta Academia, consagrada a conservar las glorias de la República e ilustrada por nuestros más eminentes historiadores. En ella no seré sino un trabajador constante animado del entusiasmo que inspira nuestra historia a los que saben amar la patria. Sacar a luz hechos ignorados; presentar en su verdadero aspecto las grandes acciones que ilustraron nuestro pasado, para enseñanza y orgullo de las generaciones venideras, y mantener vivo el sentimiento de la veneración, indispensable a la consolidación de la sociedad, es tarea en que caben todas las actividades; y por eso no he negado mi concurso a la obra generosa y útil emprendida por la Academia de la Historia. Mas, por lo mismo que mis fuerzas son escasas, mi agradecimiento no tiene límites: y yo lo tributo a la Academia, junto con mi decisión por los estudios históricos, como lo único que puedo presentarle.

Tócame reemplazar a uno de los individuos fundadores de este instituto, el señor Andrés Aurelio Level, quien dedicó su larga vida a los estudios estadísticos y nos dejó una obra importante, los *Datos Estadísticos de los Estados*, que habrá de consultarse por muchos años. A su fallecimiento fué elegido académico otro venezolano distinguido, el señor Pedro Ezequiel Rojas; mas sus constantes afanes en el extranjero, donde representó largos años con honra a la República y supo conquistar para ella la estimación de los extraños, no le permitieron ocupar su puesto en la Academia.

Bien quisiera tributarles con brillo a uno y a otro, elogio digno de sus méritos y servicios a la Patria; pero mi palabra es insuficiente al objeto, y apenas puedo inclinarme ante su memoria en respetuoso homenaje.

Trataré ahora del esclarecimiento de un punto histórico que estimo de interés, al propio tiempo que daré cumplimiento al primero de los deberes que esta Academia impone a sus individuos de número.

En ninguna de nuestras obras históricas generales se describen con propiedad las guerras de Bolívar: unas

narraciones son desiguales; en otras se suprimen datos importantes, o no aparece con claridad el pensamiento que preside las operaciones; y en muchas se repiten, sin análisis, juicios temerarios formulados por los primeros historiadores, lo cual es aún más funesto, pues se transmiten así a la posteridad falsos conceptos de sucesos capitales, con mengua del buen nombre de Bolívar. Larga es la lista de tales errores, y no cabe pormenorizarlos en esta ocasión; por lo que me limitaré a analizar uno solo, que considero de suma trascendencia, ya que pone en tela de juicio el amplio criterio militar y político que dirigió todos los actos del Libertador. Una de las operaciones más censuradas de Bolívar es la marcha por la costa de Barcelona en enero de 1817, marcha que terminó en el desgraciado combate de Clarines. El juicio que de este suceso se ha venido repitiendo generalmente es el que formó el enemigo durante los días de la lucha. Dos autores notables fueron los primeros en adoptarlo: Montenegro Colón, oficial realista decidido, y nuestro grande historiador Baralt, quien nos presenta descripciones magistrales, cada vez que abandonándose a su propio talento, desecha las opiniones y conceptos emitidos por otros. No es extraño que ambos historiadores aceptasen en este y otros casos la opinión reinante, pues sus obras fueron publicadas en plena reacción antiboliviana; pero sí sorprende encontrar el mismo juicio en las *Memorias* del eminente Daniel Florencio O' Leary, el más autorizado de nuestros historiadores militares, quien sirvió a Bolívar con inteligencia y fidelidad, así en las últimas campañas como en las luchas políticas por la integridad de Colombia, y conservó el archivo de su General, salvando para la posteridad ese inapreciable tesoro de nuestra edad heroica. Tales títulos y la propia profesión de O' Leary, dan a sus opiniones grande autoridad; pero algunos hechos que presentaré en seguida van a explicarnos la causa del error en que incurre a este respecto. Muchos de estos hechos son hasta ahora desconocidos y revisten la mayor importancia, por lo cual voy a exponerlos detenidamente.

La copiosa e interesante correspondencia de O'Leary con Soublette, existente en el archivo de este último, nos explica en parte la manera como se prepararon los materiales de las célebres *Memorias*. Desde los días de Bolívar, O'Leary tuvo la noble resolución de hacerse el historiador de la grande epopeya: "porque para ello se me ha invitado" escribe en julio de 1829. Pero casi podemos asegurar

que no dió comienzo al trabajo sino después de la muerte de Bolívar; y en las *Memorias* no se encuentran huellas de consultas que hiciera al Libertador sobre hechos militares. Después del episodio final de Santa Marta; desprendido ya por completo de la aciaga política de aquellos días, dice a Soublette el 30 de abril de 1831 desde Cartagena: "Como V. sabe, hace algún tiempo que tengo la intención de escribir la vida del Libertador—y habiéndome S. E. hecho este encargo en los últimos días de su vida—, en Nueva York, donde gozaré de reposo, pienso dedicarme a este trabajo." Mas el viaje no pudo efectuarse, y O'Leary pasó a Jamaica donde se consagró a su grande empresa hasta su regreso a Caracas en junio de 1833. Durante este periodo solicitó documentos e informes de algunos de sus más distinguidos compañeros como Urdaneta, Briceño Méndez, Heres y Montilla, y en carta fechada el 7 de noviembre de 1832 dice al mismo Soublette: "Siento no tener que agradecer a v. la remesa de las noticias &ª que le he pedido; mas sin ellas voy para adelante; y a cada uno de V. V. les toca su parte; si buena o mala, el corrido lo dirá. Los que me niegan sus noticias no deben esperar cuartel—y por falta de opiniones del Libertador citaré las de V.V. que furtivam^{te} o de otro modo pude recoger cuando fui empleado de las Secretarías y estados mayores. A la verdad esperé que V. manifestaría más liberalidad, en asunto que más o menos le toca, particularmente cuando ninguno absolutamente podía proporcionarme datos más positivos sobre *los sucesos de años que me son ignorados* estos son 1814-1817 y 1818— Si V. tuviera la bondad de darme noticias sobre los eventos de aquellos años—la retirada de V.V. a Barcelona— el regreso del Libertador y sus movimientos hasta unirse con Piar sobre el Orinoco (de las operaciones de este G^l hasta un poco después de San Félix, tengo bastante conocimiento, para hacer un bosquejo de ellas)— las operaciones hasta la toma de Angostura y Guayana la vieja, con expresión de la sorpresa de Casacoima &— la causa de Piar. También estoy impuesto de las medidas posteriores del Libertador hasta fines de 17.—Prometo reserva y *en revanche*, ofrezco dar a V. una porción de cartas de V. q. pude recojer y que le serán interesantes si V. quiere regalarnos "las *Memorias del G^l Soublette*"— Si V. no tiene tiempo para nada de esto, présteme V. documentos de donde pueda extraer estas noticias y se los devolveré dentro del tiempo que V. prefije". O'Leary había llegado a Venezuela en 1818; no se unió a Bolívar sino a fines de este año y natural era, como claramente lo confiesa, que ignorara los movimien-

tos efectuados por el Libertador antes de la conquista de Guayana; y fué uno de ellos la operación abortada en el Unare, objeto principal de este trabajo. Y aunque es cierto que no detuvo sus investigaciones ante aquella dificultad, explicase que no encontrase noticias precisas sobre los intentos del Libertador en los primeros días de enero de 1817, porque el único documento que los contiene, el copiadador de la Secretaría comenzado en Barcelona, apareció hace pocos años en esta ciudad en el archivo de Azpurúa, y es de suponer que, o no estuvo nunca, o estuvo poco tiempo en manos del General O'Leary. (1) Hay que advertir, además, que Briceño Méndez, el más inteligente de sus colaboradores, no se halló presente en Barcelona por aquellos días. Todo lo cual explica que O'Leary, más aficionado a la diplomacia y a la política, que a los negocios militares, dijese en sus Memorias, adoptando el criterio de los realistas: que "la predilección de Bolívar por Caracas o la exagerada idea que tenía del patriotismo de sus habitantes y de los recursos que aquella capital podía proporcionar al partido que la ocupase, fué causa de muchos errores de su carrera militar. En más de una ocasión se le vió posponer operaciones importantes para apoderarse de ella o socorrerla según el caso. Después de expedir las más urgentes órdenes al llegar a Barcelona, incurriendo de nuevo en la misma falta, concibió el proyecto de invadir la provincia de Caracas con 700 hombres, de los cuales 400 eran reclutas" (2). El examen que vamos a hacer de los hechos, a la luz de documentos hasta

(1) En el archivo de Bolívar de que dispuso O'Leary, no se conservaban todos sus copiadadores; muchos cuadernos se perdieron. Los correspondientes a los años de noviembre de 1814 a julio de 1818, incompletos, estaban en el archivo de Azpurúa, y los documentos correspondientes fueron publicados casi en totalidad en la obra de Blanco y Azpurúa. Muchos años después trajo a Caracas el señor S. B. O'Leary el archivo del Libertador y como no había tenido estos copiadadores tomó los documentos de la obra de Blanco y Azpurúa, reproduciéndolos con las ligeras alteraciones introducidas por el último.

(2) En estas frases O'Leary condensa y adopta como propios los juicios de los realistas Díaz y Torrente. Se alude en ellas a las marchas sobre Caracas en 1813 y 1821, después de las batallas de Taguanes y Carabobo, y al desembarco de Ocumare. En aquellas dos campañas Bolívar persiguió al enemigo sin descanso hasta destruir todas las fuerzas que reunidas podían presentar nueva resistencia en la Capital, haciendo al mismo tiempo perseguir también las que huyeron hacia Puerto Cabello. No era posible sacar mayor partido de la victoria y es innegable la influencia moral y material de la ocupación de Caracas.

El desembarco en Ocumare, después de haber dejado en Oriente a los caudillos de esta región levantando tropas, era el plan más sabio y atrevido que podía ejecutarse; pero la retirada de los corsarios, al quitar toda movilidad al ejército, "cambió el aspecto de la campaña y obligó a Bolívar a dividir sus fuerzas para cubrir el parque" que los marinos de-

ahora desconocidos, demostrará que el proyecto de Bolívar fué sustancialmente distinto del que O'Leary le atribuye; llegaremos por tanto a conclusiones muy diferentes.

Para estudiar con fruto los proyectos de Bolívar en aquella época, debemos exponer cuál era entonces la situación general de los partidos. En 1816 la insurrección había logrado extraordinarios progresos por la influencia de los atrevidos desembarcos de Bolívar. Páez dominaba casi todo el Apure; Sedeño se sostenía victorioso entre el Orinoco y el Caura; Mariño y Piar habían podido formar en Oriente divisiones importantes con el armamento que les había dado Bolívar. Unido el primero de estos dos últimos a Bermúdez se apoderó de toda la costa desde Güiría hasta Cumaná, y Piar, partiendo de Maturín, avanzó primero hacia el mismo punto por Cumanacoa, reuniendo los dispersos que huían por los bosques; y luego incorporándose a la división de los Cayos, que desde Ocumare había llegado triunfante a Barcelona, batió a Morales en el Juncal, y con todo el ejército marchó hacia la región de Caicara en busca de Sedeño, para abrir operaciones contra Angostura. Pero desgraciadamente el atentado de Güiría, cometido contra el Libertador, había sembrado la división entre los patriotas, y Piar antes de cruzar el Orinoco ordenó a las autoridades de Barcelona que no obedeciesen ni a Bermúdez ni a Mariño. Poco antes, al saberse en aquella ciudad la actitud asumida por los disidentes de Güiría, Monagas de concierto con los expedicionarios de los Cayos, había enviado a Zea en busca de Bolívar para ofrecerle de nuevo el mando supremo, e invitarlo a desembarcar cuanto antes, en cuyo propósito se les unió Arismendi. Contando con el regreso del Libertador algunos bolivianos censuraron la marcha del ejército hacia Guayana, y muchos oficiales se separaron de las filas; mientras tanto Monagas, que había sido destituido por Piar, fué reemplazado en la comandancia militar con Zaraza, y Parejo confinado a Barcelona, quedando expuesta esta ciudad a los ataques de los realistas. Freytes la salvó entonces con un golpe de fortuna logrando derrotar con fuerzas inferiores una división de 600 españoles, de la guarnición de Cumaná, en la Cruz de Cumanagoto, el día 24 de octubre, a la vez que mantenía en respeto a Jiménez del otro

puerto en el puerto. A pesar del desastre, este desembarco distrajo al enemigo; permitió que Mariño y Piar reuniesen fuerzas importantes y estorbó la persecución que hubiera podido hacerse a otros caudillos.

lado de Barcelona. Este último oficial, comandante de la vanguardia del famoso jefe realista Rafael López, fué arrollado por los patriotas entre Píritu y la Margarita el 27 de noviembre; pero pudo rehacerse prontamente a causa del entusiasmo con que los indígenas habían abrazado la causa del Rey; el 4 de diciembre logró rechazar frente a Clarines la columna del coronel Hernández; y no obstante la llegada del General Arismendi a Barcelona el 20 de diciembre con 400 margariteños, avanzó de nuevo contra la ciudad a fines de aquel mes.

Algo más grave que un mero desconocimiento fué lo ocurrido en Güiría: se impidió a Bolívar marchar al interior en busca de los patriotas que le eran fieles, y no quedando así al Libertador otro camino que dirigirse a Margarita, se embarcó para esta isla; pero encontrando allí que la escuadra española le cerraba el paso, pudo escapar llegando a Haití, después de haber arrostrado durante tres días una desecha tempestad. Inmediatamente inició gestiones para obtener un nuevo parque, y reunir otra escuadrilla de corsarios, logrando su objeto en el momento preciso en que la misión de Zea y el apoyo de Brión, quien inesperadamente regresaba de un viaje al Norte, dieron crédito y apoyo a su empresa. Por fin, después de vencer infinitas dificultades, pudo darse a la vela, de Jacmel, el 20 de diciembre en la fragata de Brión, dejando al capitán Villaret el encargo de conducir en la escuadrilla el armamento contratado con Southerland, y desafiando al español Gabazo que había llegado a Santo Domingo con tres bergantines y un convoy de buques mercantes. Esta vez la travesía fué rápida y feliz: el 28 tocó en Juan Griego y el 31 de diciembre de 1816 desembarcó en Barcelona con un parque de fusiles y acompañado de algunos oficiales y emigrados.

Al ausentarse para Nueva Granada había dejado Morillo en Venezuela seis mil españoles pertenecientes a los regimientos de infantería de Barbastro, Castilla y Unión; el regimiento de caballería de la Unión, una compañía de caballería de Fernando VII y otra de artillería y de diez a doce mil venezolanos, formando los primeros, casi siempre, las guarniciones, y los segundos, con algunas secciones de peninsulares las columnas volantes encargadas de perseguir los pequeños grupos de fugitivos, restos del ejército patriota, o de cubrir las fronteras del virreynato. Pero estas fuerzas habían disminuido en el último año: las bajas de los españoles no se habían reemplazado: muchas columnas habían sido batidas y parte de los venezolanos,

al ver que no podían continuar su antiguo sistema de guerra que tanto prestigio dió a Boves y demás desalmados, se pasaban o desertaban.

Del campo del Juncal, Morales se retiró tranquilamente hacia Río Chico, cometiendo nuevas atrocidades en el tránsito; cruzó luego la cordillera del interior y fué a situarse en Orituco y Chaguaramas, donde el Capitán General dispuso formar otro ejército para retomar a Barcelona. Por espacio de dos meses estuvieron llegando a aquellos puntos fuerzas de Caracas, del Tuy, de Valencia y del Guárico, reuniéndose para fines de diciembre de 2500 a 3.000 hombres, a las órdenes de Real, Morales y Aldama; servíanles de avanzadas las guerrillas de Onoto y el Potrero, sobre el Unare. Como estos movimientos se supiesen en Barcelona, la alarma fué constante. Piar, que va iba cerca del Orinoco, negóse a retroceder o a enviar los auxilios que perentoriamente se le exigían.

Entre tanto la división de Rafael López, batida por Mac-Gregor, permanecía en la costa,—sin su jefe, que había pasado a Caracas,—y a la sazón se hallaba extendida en un espacio de 30 leguas, con la vanguardia en Clarines al mando de Jiménez y la retaguardia en Río Chico con el comandante Galarraga, contando por todo 700 a 800 hombres. Más a retaguardia, Montenegro Colón, haciendo de comandante general de los valles de Barlovento, apenas disponía de una corta columna situada en Caucagua.

Del otro lado de Barcelona, el brigadier Pardo con 1.500 soldados observaba desde Cumaná a Mariño y Bermúdez, quienes con poco menos de 2.000 hombres habían vuelto a aproximarse a sus cuarteles de Cautaro después de castigar la insurrección de Carúpano. Y tanto en el interior de Cumaná como en el de Barcelona, existían numerosas guerrillas realistas obrando por su cuenta.

En el momento del desembarco de Bolívar, los patriotas no tenían en los llanos de Oriente sino fuerzas sueltas, mal armadas, casi desnudas, y dispersas en un inmenso territorio: las de Monagas se habían disuelto; Zaraza se hallaba en el Chaparro con 300 ginetes; Infante con 150 observaba por la Pascua a los españoles de Chaguaramas; en las costas del Orinoco merodeaban algunas pequeñas partidas, y se ignoraba con cuántos hombres andaba Rojas por el Tigre; hasta entonces ninguno de estos valientes caudillos había logrado, como Páez en Apure, dominar la opinión, inclinada al Rey en casi todo el país.

En Guayana, las dos plazas estaban fortificadas y bien guarnecidas por los realistas, quienes además, con una es-

cuadrilla que hacia incursiones hasta Güiria, dominaban el Orinoco: esta era la situación cuando el 31 de diciembre Piar y Sedeño cruzaban el Caura en marcha sobre Angostura.

Margarita, totalmente libre, mantenía numerosas fleceras, las cuales, con el apoyo de los corsarios, hacían frente a las fuerzas sutiles del Golfo Triste y de Cumaná y a la escuadrilla de Chacón.

Por lo expuesto se vé que las fuerzas patriotas eran respetables, pues constaban de 6.000 a 7.000 hombres; pero obraban aisladamente o permanecían inactivas por falta de dirección superior.

Desde el mismo momento de su llegada, Bolívar empieza a trabajar: de Margarita escribe a Mariño el 28 de diciembre, diciéndole "que ha llegado con una cuarta expedición, con elementos para salvar la República", que de nuevo toma las riendas del gobierno", y dando al olvido todo lo pasado, le añade: "que está muy satisfecho de su conducta durante su ausencia y que le comuniqué su plan militar contra Cumaná, para obrar de acuerdo". El 1º de enero participa a Zaraza su llegada con "un inmenso parque"; le ordena reunir todos los hombres que existían en su departamento "así armados como desarmados, y remitirlos formando cuerpos a Aragua de Barcelona, donde va a "establecer el cuartel general y a formar la reunión del gran ejército", y le insta a que envíe caballos a Barcelona, "porque se carecía absolutamente de ellos".

El mismo día escribe a Briceño Méndez y a los oficiales de la división de los Cayos, elogiando la empresa de libertar a Guayana, y constante en sus vastas ideas, les anuncia que los llevará triunfantes "hasta el rico Perú", porque "nuestros destinos", les afirma, "nos llaman a las extremidades del mundo americano". A Piar le participa que ha traído armas y municiones; le pide informes sobre la campaña de Guayana y le previene que si está en "posiciones tan ventajosas que creyera con fundamento ocupar la ciudad, lo participara para auxiliarlo con fuerzas navales: que si no se conceptuaba capaz de ocuparla, se retirase con el ejército sobre el cuartel general; y que si ya había ocupado la ciudad, enviase los oficiales que componían la división del general Mac-Gregor". El 2 de enero llama al coronel Leandro Palacios y a los emigrados que se hallan en las Antillas y les comunica su proyecto de reunir 10.000 hombres "con los cuales, le dice, nada es capaz de impedirnos marchar a Santa Fé y al Pe-

rú”, y ordena al capitán de fragata Villaret “que inmediatamente que fondee la escuadra en Margarita, envíe a esta plaza cuantos elementos de guerra conduce a su bordo; igualmente los oficiales, cartucheras, cascos & pólvora, plomo, dejando en Margarita solo 50 qq. de plomo y qdo. lleguen los fusiles de la contrata de Southerland 1.000”; y repite esta orden el día 5, previniendo al mismo tiempo en ambas ocasiones al gobernador de la isla, Francisco Estéban Gómez, que obligue al corsario a cumplir lo que se le ordenaba.

El 7 participa al almirante Brión que ha tenido a bien declarar el bloqueo de Cumaná, La Guaira y Puerto Cabello, y lo autoriza para la formación de cuerpos de marina y para dar patentes de corso, en caso de quedar incomunicado con el gobierno; al gobernador de Margarita le ordena que obedezca al almirante, en todo lo relativo al servicio; a Monagas, que forme cuerpos en Aragua con los reclutas que vayan llegando, ejercitándolos mañana y tarde, y mande a buscar armas a Barcelona; por último, participa a Zaraza que “*con el objeto de llamar la atención de los españoles sobre la capital de Caracas S. E.*—dice el Secretario—en unión del general Arismendi, marchaba por la costa por los pueblos de Piritu y Unare hasta establecer su cuartel general en Tacarigua con 2.000 hombres. Que por falta de caballería no llevaba un tren tan formidable como hubiera podido. Que los españoles viendo amenazada su capital llamarían sus fuerzas sobre ella en el cual caso debía el general Zaraza efectuar su unión con el ejército de la Nueva Granada (Páez) y apoderarse de todos los llanos. Que si las circunstancias fuesen tan favorables que S. E. con su ejército pudiera ocupar la capital lo haría, pero de no iría sobre Aragua (de Barcelona) en donde para entonces estarían reunidos todos los objetos pedidos anteriormente”.

Del conjunto de estas órdenes, las cuales ven por primera vez la luz pública, se desprende claramente que el proyecto de Bolívar era destruir la división López, atacándola, como veremos, con fuerzas superiores y amagar a Caracas, sin pasar de Tacarigua, “para que los españoles viendo amenazada su capital llamaran sus fuerzas (el ejército de Real, Morales, y Aldama) sobre ella” y le diesen tiempo de formar un ejército en Aragua de Barcelona. Tal proyecto, basado en la fuerza de la impresión moral que debía producir el avance victorioso y la consiguiente amenaza a la capital, está de acuerdo con los principios del arte, y es sustancialmente distinto del que le atribuyen

O'Leary y otros historiadores, quienes adoptan, sin darse cuenta, el concepto sugerido por el propio Bolívar a los realistas, para asegurar el éxito de su plan verdadero. La posibilidad de llegar a Caracas no es sino una esperanza y la exageración de las fuerzas, no tiene otro objeto que dar bríos a Zaraza. (3)

Por desgracia, las notas que anteceden no son tomadas de los oficios originales, que han desaparecido; ni del primitivo copiador de la Secretaría, perdido con el equipaje en el paso del Unare, sino de un resumen de las mismas órdenes escrito de puño y letra del Secretario General, José Gabriel Pérez, en el nuevo copiador que se abrió después del combate de Barinas; pero aun así, estos extractos son suficientes para formar concepto preciso del plan que determinó la marcha sobre el Unare.

Para juzgar mejor este proyecto, resumamos la situación de Bolívar: el ejército de Orituco y la división López, separados por la serranía del interior y extensos bosques, estaban listos para lanzarse sobre Barcelona: una columna de Jiménez, vanguardia de la segunda de estas fuerzas, había batido en los primeros días de enero al comandante patriota Cipriano López en el pueblo de la Margarita, situado al sureste de Barcelona, e incendiado la población: la insurrección en favor de los realistas se extendía a los pueblos indígenas vecinos: Bolívar carecía de caballos para trasportar el parque, y por tanto no podía abandonar la plaza; Piar se hallaba lejos; era improbable la cooperación de Mariño y Bermúdez; la división Monagas no existía; Zaraza necesitaba tiempo para reunir sus jinetes. Debía Bolívar en estas circunstancias dejar que el enemigo lo cercase con fuerzas irresistibles?

(3) Explícate que los proyectos de Bolívar quedasen ignorados porque su plan no podían conocerlo sino muy pocos patriotas, y la relación del único de ellos que dejara algo escrito—el general Francisco Vicente Parejo—permanece hasta ahora inédita. O'Leary y Restrepo la conocieron y la aprovecharon en parte para la descripción de las guerras de Oriente; pero ninguno de los dos dió importancia a la opinión allí expuesta sobre la marcha a Clarines. El general Parejo se expresa así: "en seguida arribó a la misma plaza (Barcelona) el general Bolívar q. iba de los Callos. *Con las miras de pasar a los llanos y dejar libre de enemigos las espaldas*, se dirigió el general Bolívar a los Barrancones en donde se encontró con los realistas al mando del español Ximenes los que se habían situado en las posiciones más ventajosas y hecho sus atrincheramientos. Fueron acometidos con intrepidez, pero no era posible vencer la naturaleza, los esfuerzos del Gral. fueron inútiles, y el enemigo consiguió derrotarlo." Esta narración comprende las guerras en que intervino Monagas, desde 1814 hasta 1821. Fué escrita hacia 1827 en Barcelona. No tiene firma, pero del texto se deduce que fué obra de Parejo, jefe de estado mayor de Monagas, y una parte está escrita con su letra.

¿Podía abandonar su parque? ¿No debía esperar en aquella ciudad cercana al mar el arribo de la escuadrilla? (4) También es necesario situarse en el punto de vista de Bolívar, muy diferente del de los otros generales de la Independencia. Desde el principio de su carrera Bolívar comprende que la destrucción del formidable partido realista de Venezuela, el más batallador de las colonias españolas, debe rematarse en el Perú, centro del poderío español en el Continente; y para llevar a cabo esta doble empresa necesita multiplicar las fuerzas de su partido con la velocidad, la audacia, la habilidad en las combinaciones, y la suprema energía que sólo él sabía comunicar a cuantos le rodeaban: este método lo practica constantemente, con éxito vario en el período de la anarquía, pero siempre ganando terreno, hasta que la victoria decisiva de Boyacá le da la autoridad necesaria para unificar todos aquellos egoísmos rivales, organizarlos y vencer; autoridad que también tuvo y aprovechó en los primeros años, antes de que el triunfo de España en Europa y la consiguiente reacción realista de 1814, produjeran la catástrofe que hundió momentáneamente la República y su prestigio de guerrero. Con otro método menos atrevido que el suyo no hubiera emprendido Bolívar seguramente la marcha que analizamos, pero tampoco Venezuela, la primogénita de la Independencia, podría enorgullecerse de haber llevado sus armas hasta las regiones del Potosí.

El día 7, fecha de las últimas órdenes citadas, ya Bolívar se encontraba en Píritu: Montenegro y los historiadores realistas aseguran que en ese punto dió una proclama, en la que anunciaba su marcha sobre Caracas; si esto fuere cierto, seguramente tendía al fin indicado, de engañar al enemigo. Hasta aquí el plan de Bolívar tan injustamente criticado: veamos ahora la ejecución.

Arismendi, con la aprobación de Bolívar, dió la vanguardia al mismo coronel Hernández, que ya había combatido en Clarines, oficial valiente y práctico del terreno. Jiménez se hallaba en los Barrancones de Unare, del otro lado del río, frente a Clarines, en un puésto "abrigado por un mal parapeto de cardones, despejado únicamente por el frente, cubierto por la derecha por las profundas barrancas del río, pero de fácil acceso por la izquierda y retaguardia, por dominarlo un espeso bosque que tocaba

(4) Villaret partió de Haití el 28 de diciembre y llegó a Margarita el 31 de enero.

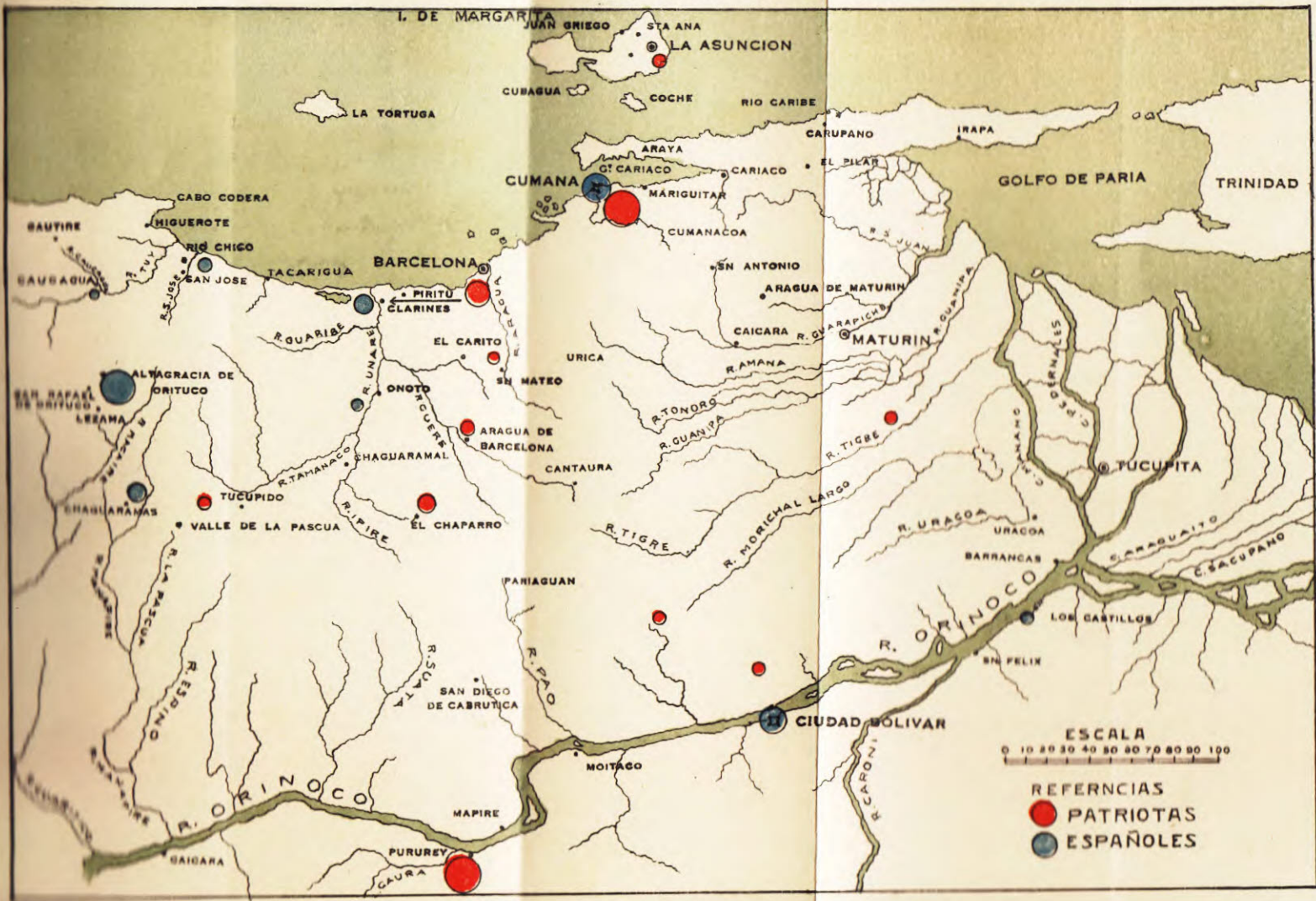
al recinto y no habían tenido tiempo de desmontar”, (5) en los mismos lugares donde había rechazado a los patriotas dos meses antes; por todo contaba el español con 550 hombres y dos piezas de artillería,—de los primeros, 200 solamente con fusiles,—250 indios flecheros de Caigua, El Pilar y El Unare, mandados por sus caciques, y 100 lanceros de a caballo; (6) en tanto que Bolívar disponía de una pieza de artillería y 700 soldados, formados por 400 margariteños de la Guardia de Honor de Arismendi, de los libertadores de la isla, y por soldados de Freytes, fogueados en varios combates; por tanto no puede calificarse esa tropa de recluta como lo hizo un historiador, panegirista de Bolívar, para dar una explicación plausible a la derrota. En tales condiciones nadie puede afirmar sin injusticia que fuera temeridad tomar la ofensiva; Hernández propuso el plan, aceptado desde luego, de simular un ataque de frente, mientras una fuerte columna flanquease al enemigo por su izquierda. La marcha se hizo con la mayor velocidad, pero desgraciadamente “el coronel Hernández, cegado por su propio valor”, según expresión de Bolívar, comprometió no sólo la vanguardia, sino también el cuerpo principal en el ataque de frente, llevándolos “en columna maciza hasta el pié de los parapetos enemigos, sin disparar un tiro de fusil”. “Luego que observé la temeridad de este ataque, escribe Bolívar, mandé flanquear con guerrillas al enemigo, pero en vano, porque nada se podía efectuar, sino es escalar de frente la trinchera enemiga. La metralla y la fusilería hacían tales estragos en nuestra columna, que ésta empezó a vacilar y al fin se desordenó. Yo mismo puse pié en tierra y conduje esta columna al asalto. El General Arismendi y todo el Estado Mayor hicieron otro tanto. Nada pudo conseguirse a pesar de nuestra resolución”. De modo que el arrojo inconsiderado del coronel Hernández inutilizó la superioridad numérica de Bolívar; y la derrota se produjo cuando, fracasados ya los asaltos patriotas, los ginetes enemigos al mando del cacique Chauran se presentaron en el bosque, quedando así anulado todo el plan por un golpe de azar, como sucede frecuentemente en la guerra. El impetuoso Hernández cayó cubierto de heridas en el primer asalto.

En la ejecución de este combate seguramente se cometieron faltas: quizá el parte oficial de Bolívar, por las

(5) Montenegro, pág. 251.

(6) Véase el parte de Jiménez. El original se halla en el Museo Boliviano.

MARCHA POR LA COSTA Y COMBATE DE CLARINES EN ENERO DE 1817



necesidades de la política no diga toda la verdad, como sucedió en otra ocasión célebre, pues difícilmente comprendemos cómo el Libertador, tan vigilante y precavido, no pudo impedir la imprudencia de Hernández; mas hoy es imposible, con los documentos que posemos, averiguar las causas secundarias que influyeran en el curso de la lucha. Sea cual fuere el juicio que se formule sobre la dirección del combate, su éxito desgraciado no debe ser parte a condenar el plan general del Libertador, fundado en la destrucción de una columna híbrida de fusileros y flecheros, por otra de fusileros aguerridos y superior en número. Queda así subsanado el error de los historiadores a que me he contraído, respecto del falso concepto que mereció la desgraciada marcha de enero de 1817 sobre Clarines.

(Del copiadador de la Secretaria.)

QUADERNO DE CORRESPONDENCIA CON LOS GENERALES Y COMANDANTES

Quartel General de Barcelona 1º de
Enero de 1817, 7º

Al Gral. Zaraza. Se le participaba la llegada de S. E. el
Quar gl. de Barc* Gefe Sup^{mo} y el Sr. Almirante con un in-
1º de Enero de menso parque. Que reuniese todos los
1817-7* hombres que existan en su Departamento
asi armados como desarmados, que forma-
se cuerpos: que remitiera estados exactos
que manifestaran el número de armados y
desarmados: que los enviara a Aragua
donde iba á establecerse el Quartel Gral y
formar la reunion del Gran Exto: que él
mismo pasará á dha Villa á a la mor brevedad
adonde muy pronto marcharia S. E.:
Que diese un estado exacto de los caballos
y mulas con expresión de útiles é inútiles,
y de las que podían servir p^{ra} conducir ba-
gajes: que enviase caballos á esta Plaza p^r
que se carecia absolutam.^{te} de ellos: que
mandara una persona que recojiera las
bestias que llevó el Gral Piar y dexó en
Río Claro, y las condujera á Aragua.—
Dios &

Al mismo
En^o 2 1817—

Que p^r. sus oficios remitidos al Gral Freytes quedaba enterado S. E. de la comunicacion que habia entablado ya con el Exto Granadino: Que le ordenaba el exacto cumplim^{to} de lo que se le previno p^r. el oficio anterior. Se le reencargaba la prontitud en la execucion y se le hacia responsable de toda omision. Dios &.

Al mismo
En^o 7—1817—
Q. G. de Piritu

Se le participaba que con el objeto de llamar la atencion de los españoles sobre la capital de Carácas S. E. en union del Gral Arismendi marchaba p^r. la costa p^r. los pueblos de Piritu, are hasta establecer su Quartel Gral en tacarigua

2.000— hombres. Que p^r. falta de caballerías ba un tren tan formidable como hubiera podido. Que los Españoles viendo amenazada su capital llamarían sus fuerzas sobre ella en cuyo caso debia el Gral Zaraza efectuar su reunion con el Exto de la N^o Granada: apoderarse de todos los llanos, hombres, caballos, mulas ganados. Que si las circunstancias eran tan favorables que S. E. con su exercito pudiera ocupar la Capital lo haria, pero de no iria sobre Aragua: en donde p^a entonces estarian ya reunidos todos los objetos pedidos anteriormente. Que lo participara prontam^{te}. al Exto Granadino p^r. medio de un expreso de confianza. Dios &

Al Gral
Monagas
Quartel Gral
de Piritu En^o 7

Que pasaba el capⁿ. Aldao á conducir el oficio anterior p^{ra} el Gral Zaraza: que lo remitiera de allí con una persona seg^a por que era de la mas alta importancia: que formara en Aragua los cuerpos, que enviara á Barcelona p^r. armas pues quedaba dada la órden: que los exercitara á mañana y tarde que persiguiera a los desertores, castigandolos con pena capital: que executara lo mismo con los que no se presentaran á tomar las armas: que enviara ganado sobre la direccion de Clarines p^r. que el Exto nada tenia que comer: que lo enviase escoltado, y si era posible con el mismo Capitan Aldao. Dios &.

Al Gral Piar
Quartl. Gral de
Barc^a En^o
1^o de 1817—7—

Se le participaba la llegada de S. E. el Gefe Sp^{mo} con el Sr. Almirante con armas, municiones, & & &. Se le pedia su opinion sobre la camp^a de Guayana, y se le prevenia: Que si estaba en posiciones tan ventajosas que creyera con fundam^{to} ocupa ciudad, lo participara p^{ra} auxiliarlo con navales. Que si no se conceptuaba capaz de arla se retirase con el ejército sobre el Quartel Gral: y que si ya habia ocupado la ciudad enviase los oficiales que componian la division del Gral. Mac-Gregor. Dios &.

Al Capn,
de Frag^{ta} Villeret
Q. G. de Barc^a En^o
5—1817—7—

Que en el acto que fondee la esquad^a en Margarita envíe á esta plaza q.^{tos} elem.^{tos} de grra conduce á su bordo igualm.^{to} los oficiales, cartucheras, cascos, & polvora, q.^{do} lleguen los fusiles de las contratas de Sutherland 1.000. Lo mismo se le encargo p.^r otro oficio con fha de 2—ó 3—Dios &.

Al Gobr. de
Marg^{ta} Q. G. de
Barcelona En^o 5—
1817—

Que en mom^{to} que la esq^a llegara á la Isla enviara q.^{tos} objetos conducia á su bordo, haciendo que el Mayor de Marina Villeret, cumpla inmediateam.^{te} esta orden. Lo mismo se le habia encargado p.^r otro oficio de 2—ó 3 del presente. Se le prevenia tamb.ⁿ enviase los cartuchos que tubiese fabricados—Dios &.

Al mismo
Q. G. Barc^a En^o 6
—1817—7—

Que tubiese á S. E. el Sr. Almirante como á uno de los Grales de la Rep.^{ca}: que le obedeciese en q.^{to} le ordenase relativo al Servicio: y que lo comunicase á q.^{ta} correspondiera. Dios &.

Al Almirante
Q. G. Barc^a En^o 6—
1817—7^o

Que habia tenido á bien declarar el bloqueo de los Puertos de la Ciudad de Cumana, Guayra, y Pto-cabello, que lo participara, y publicara á quienes correspondiera—Dios &.

Al mismo
Q. G. Barc^a En^o 6—
1817—7^o

Que quedaba autorizado p.^{ra} la formacion y organizacion del cuerpo de Marina. Que en el caso de incomunicacion con S. E. le autoriza p.^{ra} dar patentes de corso, conforme á nros reglamentos y ordenanzas & Dios &.

Al Gral
Mariño—
Q. G. Margt* Di-
ciembre 28—1816
6*

Que habia llegado con el Almírate con una quarta expedicion con elementos para salvar la República: que de nuevo tomaba las riendas del Gob^{no} que estaba muy satisfecho de su conducta durante su aus^a: que le comunicase su plan militar p^a obrar de acuerdo contra Cumaná: que ahora que teniamos fuerzas navales seria facil la rendición de esta ciudad: y que obrando simultáneamen.^{te} es infalible la destruccion de los enemigos. Dios &-&.

Hasta aqui la correspond^a perdida en Unare.

DISCURSO LEIDO POR EL SEÑOR DOCTOR
RAFAEL CABRERA MALO
EN CONTESTACION AL ANTERIOR

Señor!

Vengo a vuestro encuentro; y vengo presuroso porque os traigo la palabra de salutación y de paz. La Academia que me envía, os esperaba. Mucho antes de que vuestros pasos se acercaran a su pórtico ya había resonado el eco de vuestro nombre en sus vetustas galerías. Erais de los nuestros, sin embargo de no estar entre nosotros. Así pensad, señor, con qué alborozo os recibimos y con cuánta orgullosa complacencia os miraremos de hoy más presente en nuestras deliberaciones y asociado a la labor que al congregarnos en torno de las cenizas de los tiempos muertos, ante la doble majestad de la gloria y del sepulcro, nos hace revivir el pasado para recoger sus enseñanzas y para preparar con la experiencia y por la justicia, la visión del porvenir: inevitable renovación de lo que fué.

Abrumadora labor, ciertamente; porque los tiempos que fueron modelando nuestra fisonomía nacional apenas han dejado rastros exteriores; y los entes históricos: la familia, las clases, las Instituciones, la Religión, las letras y las artes de nuestros siglos pretéritos, necesitan para ser reconstituídos de tanta paciente erudición como la antigüedad griega o romana y años de vigilia y prodigios de investigación para poner en claro los sucesos más recientes. ¿Qué especie de sombra es ésa que se abate perenne e inmutable sobre nuestros más caros recuerdos? ¿Qué divinidad maléfica nos ha hecho consagrar al olvido el pasado, nuestro pasado, lo único que por haberlo perdido es también lo único que no hemos prodigado, lo único que poseeremos para siempre?

Quando vemos hacia atrás los años tienen polvorienta lejanía de siglos; cuando nos creemos a punto de una comunicación formal y pura con las grandes almas invisibles; cuando parece que el mutismo de las tumbas va a prorrumpir en verbo de enseñanza o de castigo, bruscamente vuelve el silencio; se espesa, otra vez, la tiniebla próxima a deshacerse en imágenes; bórranse los rasgos evocados; y, forzoso se nos hace el conformarnos con las errantes vislumbres de los osarios. Como el pescador filósofo, el estudioso necesita renunciar de antemano a la aprehensión de las verdades de cuantía, resignarse con fugaces contactos y decirse feliz si ha compensado su fa-

tiga alerta con los sobresaltos de la esperanza o con el fantasma de las cosas yacentes en el oleaje del Tiempo que casi nunca tiene prisa en revelarnos su tesoro.

Legiones de obreros que coordinaran sus esfuerzos, serían necesarias para trazar en la selva oscura los senderos indispensables; pero a tal logro se oponen males graves y de trascendentales consecuencias.

Así, por ejemplo, la Historia es vista, generalmente, entre nosotros como pasatiempo de ancianos y no como disciplina filosófica y como ciencia social. De este concepto emana el que creamos poseerla cuando acopiamos anécdotas, episodios y hasta mentiras; y, lógicamente, el disgusto de los estudios serios y tal hurraño desvío por cuanto más fundamentalmente atañe a la Raza y a la Patria, que uno se pregunta cuál será por ventura el gusto dominante de las nuevas generaciones; a qué empresa más viril, más generosa o más fecunda, habrán pospuesto el derecho que tienen a las reparaciones del mañana, manteniéndose, como lo hacen, extrañas a lo que fuera nuestro, y olvidando, como de propósito, las faltas del ayer; ante qué altares irán a prosternarse los que pasan junto a las estelas funerarias que bordan los caminos sin pedirles sus presagios. Los más, datamos nuestra Historia en 1810; porque, a lo que se dice, la de España, con el hondo escalofrío de tanta épica gesta y de tanta descomunal grandeza, no nos concierne; por lo que, punto de partida y no conclusión lógica, resulta nuestra existencia nacional tan inexplicable como la de los hijos sin madre; y agregad, para remate, que los obreros concienzudos carecen casi siempre de los elementos necesarios y hasta del estímulo que representa para el trabajador mental el interés que los demás vinculan a sus trabajos.

La obra que estos realizan nos es perfectamente indiferente; y cuando en ella nos apasionamos no es de manera honrada y sana para pedirles luces sino armas o pruebas favorables a los prejuicios de casta o de partido; y, por lo menos, la supresión en sus escrituras de las verdades amargas o estorbosas a la santidad del bando en que militamos o al lustre del guñapo de abolengo hurgado con afán en el pintoresco revoltijo de la conquista. Así, solicitados por tan contrapuesta clientela, ándanse los Historiadores por trochas y ágoras, en riesgo de degenerar en Abogados, propíncuos, como tales, a las capitulaciones de conciencia inherentes al mandato aceptado o de tener que quedarse sin público que los lea porque, en verdad, no lo

tendrían las historias imparciales y la neutralidad inviolable, obligado estado de alma para el intérprete de la tradición si es que quiere ilustrar las cuestiones indispensables y resolver los problemas resolubles.

Y después del punto de fondo, el debate interminable de la forma; porque todos sabemos que hay dos maneras de escribir la Historia. . . .

Una, amplia, serena, majestuosa, que envolviendo pormenores y esfumando los contornos de los hechos, descende a los archivos, no, seguramente, para aposentarse en ellos sino para volverse a la luz, a los grandes horizontes, a las cumbres; y allí relacionar su proceso, pesar testimonios, carear a las víctimas con los verdugos, desentrañar del hecho abrupto la lección oculta y para razonar su fallo, hacernos revivir lo vivido; recrearnos con la visión inolvidable de los tiempos muertos y resucitar las grandes figuras del pasado con su gesto característico y en su luz adecuada.

Y hay la otra, la que alardeando de agena a toda excelencia literaria—como si fuera posible arrebatarse al recuerdo su inenarrable poesía; como si el espíritu humano llegara a cautivarse jamás con lo que no ha sido consagrado por el arte; y, como si, en fin, pudiera el historiador, alguna vez, separarse del Poeta y del Pintor— amontonando notas, escolios y apostillas; prodigando citas; preocupándose de los materiales más bien que del edificio a cuya construcción están destinados; del pormenor antes que del conjunto; y del hecho mínimo a la par que del grande, todo ello hasta perder la justa proporción de las cosas; imaginase que ha suplido con la exhibición de documentos—labor esta, la más ardua: pero, seguramente, la menos interesante de la Historia—la impresión de la Vida cuyo relato aborda y el lleno de la misión que casi exclusivamente le incumbe de ofrecer a los Gobiernos, advertencias; ejemplos al moralista; a los sabios, enseñanzas e inspiración a los Artistas; y renuncia por inútil al descubrimiento del hombre bajo los oropeles del actor; y lo que es más, al hallazgo del alma humana entre las injurias de los detractores y las abyectas loas de los cortesanos; entre las deformaciones de la moda y los prejuicios de las costumbres, revelándose a través de las distancias y de los tiempos, una e invariable, atormentada siempre por las mismas tentaciones y siempre vencida o victoriosa de idénticas pasiones.

De aquí, lagunas, perplejidades y revisiones frecuentes de las situaciones adquiridas, muchas de las cuales pa-

recen exigir ya una revisión fundamental de nuestra Historia entera. El asunto de vuestro elegante discurso: la marcha de Bolívar por la costa de Barcelona en enero de 1817, es una comprobación de lo que dejo dicho. Se trata de un suceso relativamente trivial, ocurrido ayer; y, sin embargo, cuántas dificultades al estudiarlo! ¿Fué aquella marcha consecuencia de un error del Libertador acerca de los recursos y posesión militar de Caracas, su ciudad predilecta? ¿Fué, al contrario, habilísima estratagema de guerra, dirigida a engañar a sus adversarios?

Algunos de nosotros pensamos que no fué ni una ni otra cosa sino mera expedición local, sin conexión directa con los grandes planes que meditaba el Heroe y simplemente dirigida a purgar las cercanías de Clarines de la cáfila de cuatrerros e incendiarios que por aquellas merodeaba; y en apoyo de nuestro parecer invocamos la autoridad más calificada sobre el particular: el propio Libertador, en su carta al general Mariño, fechada en 17 de Enero de 1817. . . De esta guisa, nos decíamos, Don Quijote de la América, nunca escarmentado, hallando, sin duda, que también encajaba en la ejecución de su alta empresa socorrer y acudir, sin otro reparo, a las víctimas de los malandrines; y que retar leones, acometer ejércitos y atraillar galeotos, todo es libertar, armore de punta en blanco para oficiar de Santa Hermandad en aquella coyuntura, y, señor tan principal y magnífico, saliera en busca de los Ginesillos del vecindario, por lo que, ogaño como antaño, la pedrea había sido lógica y el molimiento inexcusable.

Otros, los más, un partido importante de la Crítica, determinándose, sin duda, por el pésimo criterio de juzgar las operaciones militares por el éxito o el fracaso que las sigue, sin tomarse la pena de demostrar cuál hubiera sido el resultado de la operación contraria, censuran acerbamente el movimiento referido. Historiadores apasionados o insuficientemente documentados, emitieron sobre el particular juicio desfavorable. Imitáronlos otros. Así, amigos y enenigos comparecen de acuerdo. Al tenor de los dictados de la Lógica vulgar, semejante extraña unanimidad basta a considerar incontestable la veracidad del hecho sobre que recaen sus deposiciones; y tanto que muchos estudiosos creían ejecutoriado el susodicho fallo y en tal confianza se holgaban, cuando, de pronto, os apareceis vos, señor, con un haz de documentos inéditos y por a más b; y con una documentación cerrada como la resolución de un problema algebraico y en la que se reve-

lan vuestros estudios matemáticos, dejais establecido que desde Montenegro Colón hasta el último alumno de Historia, es grande el número de los equivocados, porque en aquella ocasión ni fué Caracas un objetivo estratégico sino táctico del Libertador ni erró éste como lo asienta O' Leary. Hé aquí, pues, lo que en definitiva resulta ser la verdad histórica: verdad interina, verdad provisional hasta que otra cosa se descubra; y he aquí, en suma, por qué tantas gentes aguardan para estudiar la Historia de Venezuela a que esté escrita y se conforman con la verdad profunda y superior de las leyendas que tiene sobre la otra la incontestable ventaja de no modificarse nunca.

Felizmente, la sombra de los anónimos vencedores de los conucos de Clarines no ha podido eclipsar la inmenidad del Vencido; que la posteridad, en sus juicios, suele exaltar menos a los vencedores que a los que merecieron serlo y porque entre cuantos ultrajes han podido caer sobre el Héroe, el único, acaso, que le hayan ahorrado sus detractores es el de no haber sido infalible. Fortuna para nuestro lastimado patriotismo es que los Papas y los Guerreros sean valores heterogéneos que no pueden calcularse juntos. Fortuna es también que en las tácticas modernas o antiguas no haya canon alguno fuera de cuya observancia deje de haber salvación para los innovadores que lo infrinjan.

Los errores del Libertador! Probables o supuestas no bastan a aminorar su talla, porque Bolívar, humanizado por el odio o por la Historia imparcial, resulta valer más, infinitamente más, que Bolívar Semidios, creado por decreto nominativo del Altísimo, para regocijo de los coleccionistas de santorales y vanagloria de sus paisanos. La inmensa belleza moral suya consiste, precisamente, en haberse elevado a pesar de sus errores, sobre las más altas cumbres del heroísmo y del Ideal hasta ser la figura céntrica de su siglo. Guerrero superior a su escenario y a su tiempo, las faltas en que como soldado incurriera son nulas si se las compara con las que cometieran los otros grandes e incontestables genios de la guerra. Lo que debe admirarse en él no es que no haya cometido yerros sino que haya podido cometer tan pocos; y que en el desquiciamiento moral, más bien que político, dirigido por él; durante la lucha; en esa larga noche de catorce años, llena de pavuras, de delirios sangrientos y de inexpresables agonias; a caballo desde la aurora; entre el silbido de las balas; en medio del combate; en la exultación de las victorias o en el dolor de ruidosísimas derrotas; él sólo, en-

tre todos, haya logrado mantener firme la voluntad; la inteligencia incólume, el brazo en alto y el corazón sereno.

De todas maneras, la diferencia que hay entre los buenos militares y los malos no estriba necesariamente en que éstos pierdan todas sus batallas y aquéllos no puedan ser vencidos nunca, sino en que los primeros las pierden a pesar de la rigurosa exactitud de sus cálculos y los otros ganan las suyas por caprichos del azar o de la suerte. Pero, a donde iba? Es ahora, tarde ya, cuando caigo en la cuenta de que enviado a recibirlos os he detenido con mi coloquio a la mitad del camino y contra toda conveniencia. Llegad, señor, que teneis prisa; y bienvenido seais al seno de esta Corporación que os estima; y que al ungiros con sus sufragios ha querido exaltar, una vez más, el difícil renombre de los méritos personales y vuestra consagración a los estudios históricos a los cuales habeis aportado, en el libro y en la piedra, como escritor y como arquitecto, la sagacidad de un erudito, la pasión del artista y un alma de patriota!

